13

Emilio Mario y Domingo de Santoval

EL ABANICO

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

6

EL ABANICO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Emilio Mario y Domingo de Santoval

EL ABANICO

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

TEATRO DE LA PRINCESA. — 3 de Marzo de 1905

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551
1905

A la Sra. Ferri y al Sr. Thuillier

Ofrecen el testimonio de su gratitud, que también les ofrecería Mr. Berr de Turique si hubiera presenciado la excelente interpretación de esta obra.

Emilio Mario.

Domingo de Santoval.

Madrid 25 de Marzo de 1905.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUIS MONTOYA.....	Don Emilio Thuillier.
ROSARIO DE SANTAFÉ....	Doña Ana M. Ferri.
CARLOTA MORALES... ...	» Consuelo Badillo.
FELIPE.....	Don Ricardo Manso.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO UNICO

Gabinete muy elegante. En lateral derecha gran puerta, oculta por amplio cortinón de tapicería. En lateral izquierda puerta de entrada, de dos hojas Al foro chimenea de leña, encendida. Al foro también y á la izquierda de la chimenea, vitrina con abanicos, objetos antiguos y cachivaches. Muebles elegantes, cuadros, fotografías, un termómetro. Reloj colocado de modo que el público no distinga la esfera. A la derecha, en primer término, sofá: á la izquierda del sofá una mesita. En lateral izquierda otra mesita con servicio de te, servilletas y dos fuentes de pie, una con pastas y la otra con un babá de regular tamaño. En la mesita de lateral derecha y en los demás sitios donde resulte artístico, vasos y jardineras con flores y plantas. Pendiente del techo aparato de luz eléctrica. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FELIPE. En seguida LUIS. Al levantarse el telón, Felipe, vestido de negro y con corbata blanca, está colocando flores, que huele primero, en las jardineras y en los vasos. Momentos después aparece por la puerta de la derecha Luis, que da la vuelta á la habitación, examinándola atentamente

LUIS ¿Has concluído, Felipe?

FEL. Sí, señor. (Descolgando el termómetro y enseñándoselo á Luis.) Diecinueve centígrados.

LUIS Bien.

FEL. (Señalando á las jardineras.) Flores y plantas por todas partes.

670234

LUIS Muy bien.

FEL. (Señalando la mesita del te.) El te y los empapantes preparados.

LUIS (Sorprendido.) ¿Los empapantes?

FEL. Como esos bollos y esas pastas tienen unos nombres tan enrevesados...

LUIS (Señalando al babá.) Pues babá no es tan difícil.

FEL ¿Babá? Procuraré que no se me olvide.

LUIS Y la cocinera, ¿dónde la has mandado?

FEL. A Leganés.

LUIS ¡Demonio!

FEL La he dicho que me habian dicho que su hermano había recobrado la razón, y ha salido disparada como una loca.

LUIS A Leganés. No hacía falta tanto.

FEL. Toda precaución es poca en nuestros líos amorosos.

LUIS (Sonriendo.) ¿Nuestros?

FEL. Lo digo por costumbre... por el interés con que los tomo.

LUIS Ya, ya lo sé.

FEL. Como si fueran míos, salvo que... eso.

LUIS (Entregándole una carta.) Bueno; pues ahora te vas tú á la Prosperidad á llevar esta carta.

FEL. (Sorprendido.) ¿Yo?

LUIS Y puedes irte á pie... Hace una tarde muy hermosa.

FEL (Cogiendo la carta.) ¿Manda algo más el señorito?

LUIS No.

FEL. (Aparte, marchándose por lateral izquierda.) Tengo para rato; pero ya caigo en la cuenta: se conoce que es casada y hoy da el primer tropezón... (Tropieza y sale trompicando por lateral izquierda.)

ESCENA II

LUIS

(Da algunos pasos, se sienta, se levanta: vuelve á pasear y luego se detiene, consultando el reloj.) Las dos y cuarto... tres cuartos de hora todavía... (Con

fatuidad.) Porque será puntual. Cuando late el corazón, ¿quién detiene al minutero? (Sacando una carta y leyendo.) «Ya que tanto lo desea, iré mañana á las tres, á ver la tan decantada colección de abanicos. C.» (Declamado.) Carlota. ¡Oh, los abanicos, qué juego dan! sobre todo el de Felipe II... Hablo á las mujeres de mi famosa colección; pico su curiosidad, caen en la tentación de venir á verla y luego... ¡cuántas se han ido sin llegarla á ver! (Volviendo á leer la carta.) Está bien la cartita... breve, pero sustanciosa. (Después de una pausa.) ¿Se habrá enamorado de mí?... ¡Quiá! encaprichada solamente... Sin embargo, á los dos años de matrimonio ya es un triunfo.. (Se pasea de nuevo. Haciendo un movimiento de impaciencia.) ¡El que espera desespera! (Suena dentro un timbre por lateral izquierda.) ¡Ya está ahí! Esta prisa es de buen agüero. (Vase precipitadamente por lateral izquierda, y vuelve en seguida acompañando á Rosario, que tracrá sombrero con velo bastante espeso.)

ESCENA III

LUIS, ROSARIO

LUIS (Muy afectuoso.) Adelante, adelante... estamos solos. (Después de cerrar la puerta, viniendo al lado de Rosario, que se ha adelantado hasta el proscenio y vacilando al mirarla.) Pero... (Rosario se levanta el velo. Con viva sorpresa.) ¿Usted? ¡Rosario!

ROS. (Sonriendo.) En persona. ¿Le sorprende á usted mi visita?

LUIS (Aturdido.) Sí... es decir, no.. (Rehaciéndose.) Tengo un verdadero placer... (Aparte.) ¿Qué me querrá?

ROS. Vamos, tranquilícese usted. ¿La alegría de verme en su casa le trastorna á usted hasta el punto de que no se le ocurre ofrecerme una silla?

LUIS (Acercando á Rosario una butaca.) Pues bien, sí;

francamente, estoy admirado; pero muy admirado.

ROS. ¿De qué?

LUIS Pues de eso... de verla á usted en mi casa.

ROS. ¿Cree usted que el venir aquí me compromete?

LUIS Tanto como comprometer...

ROS. Pudiera ocurrir... porque, con la reputación que usted tiene...

LUIS Sí, pero la de usted se halla á cubierto de toda sospecha, y ese es el privilegio de las mujeres honradas; poderse permitir atrevimientos, ante los cuales retrocedería una virtud dudosa.

ROS. No hay atrevimiento ninguno de mi parte. Vengo á su casa de usted, como un médico va á la de un enfermo, sin preocuparse de la moralidad de los inquilinos.

LUIS ¿Entonces tiene usted que confiarme algún secreto?

ROS. Tal vez.

LUIS Será importantísimo... cuando usted, tan rigorista... tan...

ROS. Rigorista, no... Sé conservar mi puesto, y nada más.

LUIS Sea como quiera, para que usted haya venido aquí, es preciso que exista una razón muy poderosa.

ROS. Naturalmente.

LUIS Pues ya escucho.

ROS. ¿Tiene usted prisa?

LUIS (Aparte, mirando al reloj.) Las dos y veinte. (Alto.) Sí... tengo...

ROS. ¿Espera usted á alguien?

LUIS Sí... espero...

ROS. (Sentándose en el sofá.) Ya.

LUIS (Aparte.) ¡Canario!

ROS. Una mujer, sin duda.

LUIS (Fingiendo modestia.) El secreto profesional...

ROS. Muy bien dicho. (Mirando en torno.) Sí... estas plantas... esas flores... el te servido... todo el aparato que su argumento requiere.

LUIS (Impaciente.) Bueno, vamos al asunto, si le parece á usted.

Ros. ¿Pero no ha comprendido usted que lo sé todo?

Luis ¿Todo?

Ros. Usted está esperando á Carlota.

Luis (Fingiéndose sorprendido.) ¿Qué Carlota? Si á quien espero es á una cocinera que me han recomendado...

Ros. (Señalando nuevamente las flores y el te.) ¡Caramba! ¡Si supieran las que están desacomodadas cómo las recibe usted! (Transición.) En serio, repito que se trata de Carlota.

Luis Pero, en fin, ¿quién es esa Carlota?

Ros. Carlota Morales, mi prima, que va á venir de un momento á otro á ver la colección de abanicos. Es la fórmula.

Luis ¿Cómo?

Ros. Si lo saben hasta los perros. En cuanto logra usted que una mujer le haga caso, la invita usted á que venga á ver la colección. ¡Ya le daría yo á usted otro abanico!

Luis ¿Cuál?

Ros. El que está junto á la Moncloa. (Poniéndose de pie.) Vaya, óigame usted y no trate de mentir, porque sería inútil. Usted ha hecho el amor á Carlota. Es una criatura novelesca, romántica, quizá un tanto coqueta; pero muy cándida en el fondo é inconsciente del peligro. Usted le ha prodigado esas frases de reglamento que trastornan á toda mujer de veinte años, cuando su marido no es un Adonis ni un Tenorio y se contenta con ser un hombre de bien. La lucha resultaba desigual. Ha logrado usted convencerla de que estaba enamorada, obteniendo de ella una cita, y esa cita va á ser aquí dentro de un instante.

Luis ¿De modo que es por eso por lo que ha venido usted?

Ros. Por eso únicamente. Me he criado con Carlota, la tengo el cariño de una hermana, y no quiero, (Con fuerza.) no quiero que una hora de extravío trastorne su existencia y destruya su porvenir.

Luis Pero si el porvenir de su prima de usted no

corre ningún peligro, al menos por mi parte. Veo á esa señora muy raras veces y no tengo con ella más relaciones que las superficiales de sociedad... puede usted estar tranquila.

ROS. ¿Me lo jura usted?

LUIS (Muy tranquilo.) Se lo juro.

ROS. ¡Pero cuando digo que lo sé todo!

LUIS Permítame usted que le haga observar que no puede ser. Aunque hubiera algo de cierto en sus acusaciones, no había de haber sido Carlota quien la enterase, y usted por sí misma era difícil que se pudiera enterar, puesto que solo hace dos días que ha regresado de Valencia, donde acostumbra á pasar los otoños desde que perdió á su marido.

ROS. (Sentándose de nuevo y sacando unas cartas.) Exacto. ¿Tiene usted la bondad de oir?

LUIS (Resignado.) Bueno. (Aparte, mirando al reloj.) Las tres menos veinticinco.

ROS. Son cartas de Carlota, (Movimiento de Luis.) no se alarme usted; voy á leer únicamente los párrafos que se relacionan con el asunto.

LUIS (Sentándose.) Como usted guste.

ROS (Leyendo cartas.) Del primero de Septiembre. «¿Conoces á un don Luis Montoya?» (Declamado y mirando á Luis.) Ya lo creo. (Leyendo.) «Me le han presentado en casa de las de Urbieta. Es de un trato agradabilísimo. Le he invitado á mis viernes.»

LUIS (Con marcada indiferencia.) Sí... creo recordar...

ROS. Del quince. «He recibido la visita de Montoya: había mucha gente: apenas hemos podido hablar: me ha pedido permiso para volver mañana.»

LUIS (Aparte, mirando al reloj.) Las tres menos dieciocho.

ROS. Del diecisiete. «Te engañaría si no te dijese que lo esperaba. Montoya se me ha declarado. ¿Qué te parece?» (Declamado.) Muy mal.

LUIS Pura galantería.

ROS. Espere usted. (Leyendo.) Del dos de Octubre. «Anoche he visto á Montoya en Lara. Le he

encontrado menos agradable que otras veces.» Del diez, nada; del veinte. «Estoy llorando todo el día, ¿por qué?, lo ignoro; el doctor dice que coma y pasee.» (Declamado.) Si el doctor hubiera sabido que precisamente aquel día se batió usted con el capitán... Del veintinueve, nada. (Guardándose las cartas.) Y después, nada más en ninguna.

LUIS ¿Y qué?

ROS. Que de vuelta en Madrid, mi primera visita ha sido esta mañana para Carlota. La pregunté por usted, me contestó que hacía un siglo que no le veía, y, sin embargo, me consta que el lunes se encontraron ustedes en el Hipodrómo. Puesta en guardia con esta mentira, se me ocurrió proponerla que pasara la tarde conmigo. Se turbó al pronto y luego añadió que le era imposible, porque tenía que visitar á su cuñada... (Marcado.) y su cuñada está en Alicante. Ya no había duda posible. Pero comprendí, al mismo tiempo, que sería inútil luchar contra su resolución, y volví á casa resignada y triste. De pronto, recuperé mi energía y escribí á Carlota: «Por lo que más quieras en el mundo, no vayas á casa de Montoya.» El coche estaba enganchado todavía. Di orden al cochero de que llevase á escape la carta, entregándosela á Carlota en propia mano, y luego, ante el temor de que ya hubiera salido, corrí aquí para adelantarme á ella. Usted mismo ha salido á abrirme, luego usted la esperaba.

LUIS (Burlándose.) Discurre usted admirablemente... haría usted un gran juez de instrucción.

ROS. ¿No lo niega usted ya?

LUIS ¿Para qué?

ROS. Entonces...

LUIS Entonces, ¿qué?

ROS. Pero...

LUIS ¿No se atreve usted á terminar su pensamiento? (Yendo hacia Rosario que se levanta haciendo ademán de hablar, é interrumpiéndola afectuosa-

mente.) No... no diga usted nada... no quiero saber nada... quiero, únicamente, conservar mis ilusiones sobre usted... Quiero pensar que no ha dejado usted de ser la mujer de talento y un tanto escéptica que yo me figuraba... virtuosa por su cuenta, conformes... pero no por cuenta de las demás, aunque sean más ó menos primas. (Movimiento de Rosario.) Créame usted, señora... permanezca usted tranquila y deje al amor que siga su camino. Ya es bastante desagradable que le cierre usted su puerta: no pretenda usted también guardar la del prójimo.

Ros. Pero...

Luis (Como antes.) Mire usted... la verdad, defiende usted una mala causa.

Ros. ¡Ah, no tiene usted corazón!

Luis No mezcle usted al corazón en las intrigas amorosas.

Ros. ¿Y la moral?

Luis Dejémonos ahora de moral... ¿estamos hablando de cosas serias, sí ó no?... ¿sabe usted lo que haría en este caso una mujer razonable? Procuraría olvidar la edificante arenga que me traía preparada, y me agradecería que la hubiese ahorrado el trabajo de lucir su elocuencia. Se volvería á casa... mejor aún, se iría á dar una vuelta por el Retiro. Allí el aire libre y quizá alguna de los personas á quienes encontrase, la devolverían la calma. Porque seguramente se cruzaría con la señora de A, que tiene actualmente dos... distracciones, y á quien nadie pone mala cara. Saludaría á la condesa de O, que tiene tres, y á la que todo el mundo rinde pleito homenaje. Tropezaría, en fin, con otra porción de damas... distraídas, que han olvidado la Epístola de San Pablo, sin que la sociedad dé importancia á su falta de memoria. Y cuando esta noche fuese la prima al palco que tienen juntas en el Real, no la preguntaría en qué había empleado la tarde. Si la decía que había estado á ver á su cuñada, lo creería á pies junti-

llos... y, sobre todo, se guardaría muy bien de confesarla el paso imprudente que acaba de dar... porque no se lo perdonaría nunca.

ROS. Le admiro á usted (Sentándose cómodamente en una butaca.) y me quedo.

LUIS Corriente... Carlota va á venir; la esperaremos juntos. (Suena el timbre. Sobresaltado.) Ella es. (Al ver que Rosario no se mueve.) ¿Está usted decidida?

ROS. (Marcado.) De-ci-di-dí-si-ma.

LUIS (Con resolución.) Bueno... Le advierto á usted que la entro aquí... y no voy á ser yo el más apurado de los tres. (Vase por lateral izquierda.)

ROS (Sola, poniéndose de pie.) Tiene razón. En cuanto me vea Carlota, comprenderá el objeto de mi visita, y, como ha dicho muy bien, quizá no me lo perdone. (Mirando en torno.) Sí, este es el único medio. (Se oculta rápidamente tras el cortinón de lateral derecha.)

ESCENA IV

LUIS—CARLOTA—ROSARIO, escondida

LUIS (A Carlota.) Pase usted, pase usted. Aquí tiene usted... (Mirando en torno. Aparte.) Nadie. (Alto. Aturdido.) Aquí tiene usted... su casa. (Aparte, mirando con disimulo hasta debajo de los muebles.) ¿Dónde se habrá metido?

CAR. (Alargando una mano á Luis.) ¡Qué nerviosa estoy!

LUIS (Estrechando la mano con pasión y luego soltándola friamente al observar que se mueve el cortinón. Aparte.) Se ha escondido allí. Pues ahora sí que soy yo el más apurado de los tres.

CAR. Temía usted que no viniese, ¿verdad?

LUIS (Aturdido.) Hubiera sido mejor...

CAR. (Sorprendida.) ¿Eh?

LUIS (Rectificando.) Que hubiese usted venido antes.

CAR. (Sonriendo.) ¡Impaciente! (Sentándose y cambiando de tono.) ¡Qué lucha antes de decidirme!... ¡Cuánto me ha hecho usted pensar!...

LUIS (Apasionado y acercándose.) Yo también he pensado, mejor dicho, pienso á todas horas, porque esa imagen... porque... (Interrumpiéndose y cambiando de expresión al notar que el cortinón se mueve.) ¡Hum! (Alto.) ¿Ha venido usted en coche abierto? (Carlota le mira sorprendida.) Es verdad, sí, á pie... el tiempo convida... un tiempo primaveral. (Aparte.) No sé qué decir. (Alto.) ¿Se divertió usted anoche en el Español?... He oído que la obra...

CAR. No escuché una palabra.

LUIS Yo estuve en el Casino y me vine á acostar temprano.

CAR. ¿Sí?

LUIS Sí. (Aparte.) ¡Nada, que no se me ocurre nada! (Alto.) ¿Va usted el jueves á casa de los de Valle?

CAR. No sé.

LUIS Yo pienso ir.

CAR. Valle fué el que me le presentó á usted... no se me olvida... En la reunión de las de Urbieta.

LUIS (Apasionado.) Yo también lo recuerdo. ¡Lo recordaré eternamente! (Movimiento en el cortinón. Cambiando de tono.) ¡Qué familia más rara los tales Urbietas! ¿Se acuerda usted de aquella comida?...

CAR. (Satisfecha.) Ya lo creo... Estaba usted á mi lado...

LUIS (Entusiasmado.) Es verdad; á su lado de usted. ¡Qué feliz me sentía!... ¡Qué momentos!... (El mismo juego de antes.) ¿Quién estaba sentado enfrente?

CAR. ¡Qué sé yo!.. Fernández.

LUIS ¡Dichoso Fernández! No sé por qué, me pareció que estaba usted demasiado amable con él, y por poco le tiro un vaso á la cabeza. (El mismo juego.) Y su mamá de usted, ¿qué tal?

CAR. (Sorprendida.) Buena, gracias.

LUIS ¿Y papá?

CAR. Bueno también. (Tras breve pausa.) ¡Quién me hubiera dicho que un día me había de encontrar en su casa de usted!...

LUIS (Rehuyendo la conversación.) A propósito .. ¿quiere usted tomar algo?

CAR. (Muy nerviosa.) No. ¡Me ahogo aquí! (Se desabrocha el abrigo y se deja caer sobre el sofá revelando su estado nervioso. Luis se sienta á su lado.)

ROS. (Aparte.) ¡Demonio!

CAR. (Con dulzura.) Dígame usted, Luis... no sé si me equivoco .. ¿qué le pasa á usted?... le encuentro... extraño.

LUIS (Fingiendo sorpresa.) ¿Extraño?

CAR. ¿Está usted enfermo?

LUIS No. ¿Qué quiere usted que me pase?

CAR. (Cortada.) No, si yo no quiero nada... no sé nada... quizá me equivoco. (Tras breve pausa.) ¿Le gusta á usted mi sombrero?

LUIS Muy elegante.

CAR. He elegido este gris, que tanto le agrada á usted. Deme usted las gracias.

LUIS Es un gris precioso.

CAR. (Con coquetería.) Le voy á hacer á usted muy presumido.

LUIS (Entusiasmado, cogiéndole una mano.) ¿Cómo no siendo usted tan bonita?

CAR. (Muy alegre.) ¿Me encuentra usted bonita?

LUIS (Cada vez más entusiasmado.) Que si te... que si la... (Soltando de pronto la mano al observar un movimiento en el cortinón y con frialdad.) Como siempre.

CAR. (Levantándose y con despecho.) ¡Gracias!

LUIS ¿Se marcha usted?

CAR. En seguida. En cuanto vea la colección de abanicos... puesto que no he venido á otra cosa.

LUIS Mis abanicos... ¡ay, es verdad!

CAR. (Marcado.) ¡Ah! ¿pero realmente existe esa colección?

LUIS Y muy notable, sin falsa modestia. Siéntese usted y admire. (Va á buscar en la vitrina algunos abanicos, que coloca en la mesita de la derecha, al lado de la cual se habrá sentado Carlota.) Los hay curiosísimos. Vea usted éste; época de Goya. Dos novios pelando la pava.

CAR. Sí.

LUIS No he comprendido nunca esta manera de

hacer el amor; en público, en la calle, con una reja, una celosía por medio.

CAR. (Después de mirarle fijamente. Con intención.) A ver otro.

LUIS (Haciendo un ademán de resignación y enseñándole otro abanico.) El rey don Rodrigo y La Cava, á orillas del Tajo, ¿eh?

CAR. Precioso.

LUIS El río, sin embargo, me resulta pobre; parerece el Manzanares.

CAR. Si fuera á orillas del Manzanares, no estaría el rey tan expresivo.

LUIS (Aparte, mirando á lateral derecha y con un movimiento de rabia.) ¡Por vida de la mujer! (Alto, enseñándole otro abanico.) La joya de la colección. El abanico de Felipe II.

CAR. ¿Pero aquel rey usaba?...

LUIS Lo llamo así, porque es de su reinado. Representa la batalla de San Quintín. Nuestros soldados toman las últimas posiciones. La morisma huye á la desbandada...

CAR. Si en la batalla de San Quintín me parece que no hubo moros.

LUIS ¿Cree usted?...

CAR. Estoy segura.

LUIS ¿Y aquellos versos?

Nuestra arrogancia
por tener guerra al par con todo el mundo,
la guerra declaró á Selim II.

Selim II debía ser moro.

CAR. Sin embargo, fué contra los franceses.

LUIS Lo mismo da.

ROS. (Aparte.) Una discusión histórica. ¡Magnífico!

CAR. Veo que no está usted muy fuerte en historia de España.

LUIS (Con desdén.) Lo que es la de España maldito si me importa.

CAR. (Poniéndose de pie.) Y yo que le tenía á usted por un sabio. (Con intención.) Quizá llegue usted á serlo algún día; pero aún le falta mucho que aprender. Abur. (Se dirige hacia lateral izquierda.)

ROS. (Aparte.) ¡Se ha salvado!

LUIS (Siguiendo á Carlota y muy triste.) ¿No volverá usted?

CAR ¿A qué santo? Venía á ver la colección de abanicos... Llegué, ví .. y me marcho. (En el dintel de la puerta y con ira al ver que Luis se dispone á acompañarla.) ¡Le prohibo á usted que me acompañe! (Vase rápidamente por lateral izquierda.)

LUIS (Tras un momento de vacilación, da un paso para seguirla. Se supone que oye cerrar la puerta y retrocede.) *¡Consumatum est!* y no hay término medio. Me ha encontrado heróico ó ridículo.. Es igual.

ESCENA V

LUIS—ROSARIO. Al final FELIPE

ROS. (Saliendo de su escondite y viniendo al encuentro de Luis.) ¡Mi querido amigo!

LUIS (Aparte.) Demos el capotazo. (Alto, fingiéndose sorprendido.) ¡Escondida!... Yo creí que se había usted marchado.

ROS (Fingiéndose engañada.) Creía usted... (Con admiración exagerada.) ¡Oh!... ¡entonces es usted un apóstol!

LUIS ¿Queda usted satisfecha? ¿He estado bastante grotesco?

ROS. ¿Grotesco?... ¡Sublime querrá usted decir!

LUIS ¡Vaya por sublime! Como el médico á palos.

ROS. No se haga usted peor de lo que es... Por malo que quiera fingirse, el hombre que se presta á volver de este modo al redil una oveja descarriada, es honrado á carta cabal. (Mirando su reloj.) ¡Las tres y media!... Le dejo á usted.

LUIS ¿Tan pronto?

ROS. Sí... Tengo que hacer unas visitas... y usted también, ¿por qué no se va á tomar un poco el fresco?

LUIS No. Ya sabe usted como pensaba emplear la tarde.

ROS. Pero á estas horas ya se habría acabado la visita.

LUIS ¡Ca!... Estaríamos tomando el te.

ROS. ¡Ah! ¿es de precisión el te en semejantes ocasiones?

LUIS Indispensable. El alimento es para el amor lo que la música para la tropa: estimula y alegra la marcha.

ROS. Admirablemente definido. Ea, hasta la vista.

LUIS ¿Decididamente se va usted?

ROS. Sí.

LUIS ¿Tiene usted miedo quizá?

ROS. Ni pizca.

LUIS (Contrariado.) ¡Ah!

ROS. Estaría bueno que hubiese venido á defender la virtud y..

LUIS (Aparte.) Sí que sería gracioso... ¡y qué venganza!

ROS. Además, tengo en usted una seguridad absoluta... ¿Hago mal? (Dándole la mano.)

LUIS No. Quedemos buenos amigos.

ROS. (Estrechándole la mano.) Así me gusta.

LUIS (Aparte.) Por el pronto.

ROS. Ahora sí que me marcho.

LUIS Estese usted otro poquito... en nombre de esa amistad.

ROS. Bueno, por la amistad.

LUIS ¡Y qué idea!... Acepte usted una taza de te.

ROS ¿Para alegrar la marcha?... ¿Música militar?

LUIS (Sonriendo.) No; un concierto sin consecuencias.

ROS. De ese modo le admito.

LUIS (Aparte yendo á encender la lamparilla de la tetera.) ¡Qué venganza! ¡Qué sabrosa venganza!

ROS. ¡Pobre Carlota!... pongámonos en su caso... tanto como la gustaba el babá.

LUIS Y me figuro que seguirá gustándola. (Pausa.)

ROS (A Luis que le ofrece babá.) Prefiero pastas.

LUIS Y yo. (Toman te, mojando pastas.)

ROS. (Tras una pausa.) Una pregunta: ¿por qué vive usted en piso bajo?

LUIS Por comodidad... Y luego que se llega más pronto y se evitan las reflexiones de la escalera. (Breve pausa.)

ROS. ¿Y siempre tiene usted el te preparado?

LUIS ¿Cómo siempre?

ROS. Siempre... que se queda usted en casa.

LUIS Sí.

ROS. Por el famoso principio de que alegra y...

LUIS Exacto.

ROS. ¿Siempre con babá?

LUIS (Señalando las pastas.) No. . ya ve usted que hay otros alicientes. (Breve pausa.)

ROS. ¡Vaya... vaya! ¿Tendrá muchas admiradoras la colección de abanicos?

LUIS Hay temporadas... Unas son mejores... otras peores...

ROS ¿Y actualmente?

LUIS Bastante mal.

ROS. Todo el mundo se queja. El comercio... la industria... la carestía de las subsistencias... Estos Gobiernos no se ocupan de nada.

LUIS Sí; tómelo usted á broma. Vea usted el último negocio.

ROS. Lo que es con muchos así...

LUIS Tendría que declararme en quiebra. (Pausa y transición.) De veras. ¿No me ha encontrado usted demasiado ridículo con Carlota?

ROS. Me parece que no le he escatimado los elogios... ¿Quiere usted que vuelva á repetirle?...

LUIS (Señalando.) ¿Otra pastita?

ROS. Nada... Adiós. (Se pone de pie.)

LUIS ¿Se va usted?

ROS ¿Voy á estarme aquí todo el día?

LUIS ¿Qué prisa tiene usted?... ¡Es tan agradable charlar un rato á solas! De seguro no volverá usted á poner los pies en esta casa... á no ser que conquiste á otra prima suya, lo cual no es probable.

ROS ¿Y de qué vamos á hablar? (Se sienta.)

LUIS (Sentándose á su lado.) ¡Valiente apuro! Por de pronto, tiene usted una misión que cumplir. Usted me ha dicho: «Luis, que te extravías... Luis, por la derecha... recto por el camino de la virtud;» pero no basta enseñar el camino... hay que llevarme un rato por él.

ROS. (Sin comprender.) ¿Cómo?

LUIS Yo me encontraba tan á gusto en mi casa, con mi desórden, con mis malas costumbres, y ahora, desde que me ha convertido usted, me causa la impresión de que soy aquí un forastero, un huésped. Antes, encuanto conocía á una mujer honrada, mi primer pensamiento era: «Si quisiese ver la colección de abanicos...» Esto me entretenía diariamente algunas horas... constituía una ocupación... como un destino en cualquier Ministerio... Pero, ¿y en la actualidad? (Breve pausa.) Necesito que usted me aconseje .. que me guíe... que sea el báculo de mi virtud.

ROS. Cásese usted.

LUIS No; hay muchos solteros que tienen colecciones.

ROS. ¿Y trabajar... hacer algo?

LUIS ¡Qué aburrimiento!... Además, no sé hacer nada.

ROS. Viaje usted.

LUIS Tampoco. Trenes, vapores, fondas... (Tras breve pausa y con resolución.) ¿Quiere usted saber la verdad?

ROS. (Con indiferencia.) Bueno.

LUIS ¿No se burlará usted de mí?

ROS. (Con seriedad cómica.) ¡Dios me libre!

LUIS Pues bien; ha hecho usted perfectamente en salvar á su prima, porque no la quiero.

ROS. ¡Ah! ¿Qué me dice usted?

LUIS Era tan sólo una distracción; (Patético y llevándose la mano al corazón.) el modo de olvidar otro sentimiento. (Suspirando.) ¡Ah!

ROS. ¿Es usted capaz de sentir una pasión verdadera?

LUIS ¡Vaya!

ROS. ¿Y esa mujer á quien usted quiere, lo sabe?

LUIS No... no he podido revelárselo, porque no era libre.

ROS. ¿Estaba en la cárcel?

LUIS Era casada.

ROS. Ni una palabra más. ¿Y qué la hubiera usted dicho?

LUIS (Aparte.) Aguárdate. (Alto, fingiéndose muy emo-

cionado.) ¿Que qué la hubiera dicho? «La adoro á usted desde hace tres años... la adoro á usted desde que la ví por vez primera.» ¡Ah! Dios es testigo de que cuando concebí esta pasión hice todo lo posible por arrancarla de mi pecho. Dejémosla, pensé, vivir tranquila... feliz é independiente. ¿Qué importan mis tormentos si...? ¡Ah!

Ros. ¡Desgraciado!

Luis ¡Cuánto he hecho por olvidarla! Primero, el consabido recurso de la ausencia. Pero no bien me iba, ya encontraba un pretexto para volver. Luego discurrí multiplicar mis aventuras amorosas... Llevándose cada mujer un pedacito, aunque fuera muy pequeño, del corazón... (Oprimiendose el corazón con ambas manos.) ¡No se han llevado nada! ¡Hasta creo que es más grande!

Ros. ¡Pobrecillo!

Luis Y no obstante, la ingrata debía haber adivinado mis angustias. El amor se revela siempre por indicios, que no pueden engañar. Es tímido, vacilante. Es todo enigmas y reticencias. Habla siempre en pretérito. Se dirige á un ser que considera ausente. Dice: «he amado,» en vez de decir «amo» y dice «amo,» en vez de decir «la amo á usted.» (Coge una mano de Rosario. Aparte.) Esto marcha.

Ros. (Retirando la mano.) Perfectamente. ¿Y decía usted que no sabía hacer nada? Dedíquese usted al teatro.

Luis (Sorprendido.) ¿Eh? (Rosario se echa á reir. Con tristeza.) ¡Bien temía yo que se iba usted á burlar!

Ros. No es burla... es lástima. (Suena el timbre.)

Luis El timbre.

Ros. (Con calma.) Sí.

Luis Esté usted tranquila, que no abriré.

Ros. Al contrario; abra usted de par en par. Ni me oculto, ni me he ocultado para venir aquí. (Se oye toser interiormente con afectación y aparece Felipe en la puerta de lateral izquierda, con un llavín en la mano y un papel en una bandeja.)

LUIS (Volviéndose sorprendido.) ¡Ah! ¿Tú? ¿Quién llamaba?

FEL. Se me olvidó que traía el llavín... y por si acaso...

LUIS ¿Cómo vuelves tan pronto?

FEL. (Admirado.) ¿Pronto? Pues me he aprendido de memoria todos los escaparates del trayecto, incluso...

LUIS Basta.

FEL. (Presentando la bandeja á Rosario.) Esta carta para la señora.

ROS. ¿Para mí?... ¿Aquí? (Examinando el papel.) Un papel doblado... mi nombre con lápiz. (A Felipe.) ¿Quién se lo ha entregado á usted?

FEL. Una señora que aguarda ahí fuera á la señora, en el coche de la señora. (Aparte.) Aquí va á ocurrir algo que sale mañana en *La Correspondencia.*

LUIS ¿Qué significa esto?

ROS. (Leyendo.) «Por lo que más quieras en el mundo, no vayas á casa de Montoya.» (A Luis.) Mi esquela á Carlota. (Volviendo el papel.) Espere usted. (Leyendo.) «Querida prima: al salir de casa de Montoya, he visto tu coche esperando á la puerta. El cochero me ha dicho que estabas ahí y me ha entregado esta esquela, que había ido á llevar á mi casa. Aunque has entrado antes que yo, parece que te retrasas un poco y te devuelvo el aviso, que quizá te sea tan útil como á mí, si es que llega á tiempo.—Carlota.»

LUIS (Aparte. Contrariado.) ¡Cáspita!... ¡Caspitina!

ROS. (A Felipe.) Diga usted á esa señora que tenga la bondad de venir.

FEL. (Aparte, marchándose por lateral izquierda.) No sé si traer á la pareja. (Vase.)

LUIS ¿Pero ha pensado usted bien?...

ROS. ¿No le resulta á usted la llamada?

LUIS Me parece... ¿Qué papel voy á hacer yo, ni que voy decirla después de lo ocurrido?

ROS. Un papel... episódico.

LUIS (Aparte.) ¡Qué bien se estará ahora en el mirador de la Peña!

ESCENA VI

ROSARIO—LUIS—CARLOTA

CAR. (Entrando por lateral izquierda.—A Rosario.) Dice el criado que me llamas... Aquí me tienes. (A Luis.) Dispense usted, y culpe únicamente á esta señora, si por segunda vez interrumpo su interesante coloquio.

LUIS (Cortado.) Al contrario... celebro mucho yo... que... que...

ROS. (A Carlota.) No interrumpes nada... precisamente hablábamos de tí.

CAR. ¡Ah! ¿De veras?

ROS. Te advierto que si he venido á esta casa ha sido para salvarte... El caballero Montoya me aseguraba que con eso me había creado en tí una enemiga mortal, pero yo le contestaba: No, ya verá usted: al pronto se manifestará ofendida... no cabe duda; pero como Carlota es en el fondo una mujer honrada, buena y de talento, no tardará en comprender el impulso que me ha guiado, y concluirá dándome las gracias. (Acercándose á Carlota y rodeándola el talle.) ¿No es cierto? ¿Me engaño? ¿No me contestas? ¿Rencor? ¿Celos tal vez?

CAR. (Arrojándose de pronto en brazos de Rosario.) No... Perdóname... Estaba loca... y me nas vuelto á la razón.

ROS. (Acariciando á Carlota.) ¡Alma mía! ¿De modo que curada radicalmente?

CAR. Radicalmente.

ROS ¿Sí?

CAR. Sí.

ROS. ¡Qué alegría! (Señalando á Luis.) Porque te aseguro que estos Tenorios de *doublé*, no se merecen ni una mirada nuestra.

LUIS (Saludando.) Mil gracias.

ROS. (Mirando el reloj.) ¡Las cinco ya! (A Luis.) No se quejará usted... He pasado toda la tarde acompañándole, y no se me ha hecho largo

el tiempo. (Luis vuelve á saludar.—A Carlota.) Ea, vámonos. (Á Luis.) Que usted se divierta.

CAR. ¡Caballero!

ROS. (A Luis, que intenta acompañarlas.) De ningún modo... quédese usted... los enfermos están dispensados... (Vanse. Luis da algunos pasos por la habitación cabizbajo y aburrido.)

ESCENA VII

LUIS. En seguida FELIPE

FEL. (Por la izquierda, con leña para la chimenea. Después de mirar á Luis.) Se ha quedado esto frío.

LUIS (Muy lánguido.) Sí, Felipe.

FEL. (Echando leña en la chimenea.) ¿He vuelto demasiado pronto?

LUIS No, Felipe.

FEL. (Incorporándose y acercándose á quitar el servicio de te.) ¿Ni siquiera han empezado el babá?

LUIS (Suspirando.) No, Felipe.

FEL. Nos vamos haciendo viejos, señor.

LUIS Sí, Felipe.

TELON RAPIDO

OBRAS DE EMILIO MARIO (HIJO)

Militares y Paisanos, comedia en cinco actos
El obstáculo, ídem en cuatro actos.
El crimen de la calle de Leganitos, ídem en tres actos. (1)
Creced y multiplicaos, ídem en tres actos. (1)
El libre cambio, ídem en tres actos.
Los Gansos del Capitolio, ídem en tres actos. (2)
El Director General, ídem en tres actos. (2)
Al mejor cazador, ídem en dos actos.
El crimen de la calle de Leganitos, ídem en dos actos. (1)
La partida... serrana, ídem en dos actos. (2)
La verdadera tía Javiera, ídem en dos actos. (2)
¡Tocino del cielo! ídem en un acto. (2)
El dinero de San Pedro, ídem en un acto. (2)
De la China, juguete en un acto. (3)
Los besugos, sainete lírico en un acto y seis cuadros, música de Valverde (hijo) y Saco del Valle. (3)
El tesoro del estómago, caricatura en un acto y tres cuadros, música de Montesinos. (3)
Las Venecianas, ensayo cómico-lírico, en un acto y tres cuadros, música de Abati y García Alvarez. (4)
Un hospital, monólogo en prosa. (3)
«*La Ciclón*» juguete cómico en tres actos.
Febrero loco, comedia en tres actos y en prosa.
Febrero loco, comedia en dos actos y en prosa.
El intérprete, juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
Tres estrellas, humorada lírica en un acto y cuatro escenas, música de Calleja y Lleó. (3)
Las batallas de la vida, pasillo.
La cocinera, comedia en dos actos.
Las gallinas, juguete cómico-lírico, música de Manrique de Lara.
Carambolas de amor, juguete cómico en tres actos. (2)
El abanico, comedia en un acto y en prosa. (2)

---

(1) En colaboración con Mariano Pina Domínguez
(2) Idem con Domingo de Santoval.
(3) Idem con Joaquín Abati.
(4) Idem con Antonio Paso.

Obras de Domingo de Santoval

Ciruelas pasas, comedia en dos actos.
El Pinar de Doña Paula, sainete en un acto.
Five ó clock tea, juguete en un acto.
Los gansos del capitolio, comedia en tres actos (1).
El Director general, comedia en tres actos (1).
La partida... serrana, comedia en dos actos (1).
La verdadera tía Javiera, comedia en dos actos (1).
Tocino del cielo!, comedia en un acto (1).
El dinero de San Pedro, comedia en un acto (1).
Carambolas de amor, juguete cómico en tres actos. (1)
El abanico, comedia en un acto y en prosa. (1)

(1) En colaboración con Emilio Mar o (hijo).

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta